

DALMACIO NEGRO,
MAESTRO DE LA CERTEZA

JESÚS GUILLAMÓN

DURANTE veinticuatro años D. Dalmacio Negro Pavón analizó la realidad política en clave filosófica, como buen profesor, alumbrando siempre la oscuridad del bosque. Publicados inicialmente como artículos en el periódico *La Razón*, han quedado ahora felizmente recogidos en el libro *Liberalismo, iliberalismo. Artículos políticos (1989-2013)*^[1], pues «de la desorientación de los espíritus depende la calidad de las posibilidades humanas actualizables en cada época» (p. 84) y estos están hoy más necesitados que nunca de guía, tras la ideologización obrada en el pensamiento por los maestros de la sospecha² y sus discípulos.

El título del libro hace referencia, con todo rigor, a dos polos de influencia en el pensamiento expuesto en el mismo. Como el uso periodístico del término iliberalismo en nuestros días puede generar cierta confusión, se hace necesario dar alguna explicación. Ha sido asociado a los llamados partidos conservadores y asumido por estos incluso con satisfacción. En primer lugar, no es discusión menor quiénes han de ser considerados conservadores o revolucionarios, en tanto en cuanto son aquellos precisamente los que con más énfasis plantean la necesidad de enfrentarse el actual *status quo* del progresismo socialdemócrata, cuyos partidarios pasarían a ser los verdaderos conservadores de nuestra época. Iliberalismo es un concepto joven y que, como todos, está ligado a su tiempo histórico. En este sentido, solo se puede comprender como reacción a una situación previa. Igual que la corona sobre el águila del escudo de una república como la polaca

[1] Los Papeles del Sitio, Valencina de la Concepción (Sevilla), 2021. Las cifras entre paréntesis del texto corresponden siempre a páginas de este libro.

[2] P. Ricoeur, *De l'interprétation. Essai sur Sigmund Freud*, Seuil, Paris, 1965.

no responde a la monarquía, sino al antagonismo y recuperación de la identidad polaca tras el periodo comunista. Nos atrevemos a sintetizar que apunta a las debilidades de la democracia liberal, que puede verse pervertida hasta el extremo cuando es entendida como un mero método de decisión política colectiva, pues puede incluso declarar su propia abolición, si así lo decidiera la mayoría. Para sus detractores, el régimen resultante de las ideas liberales sería una pseudodemocracia o democracia tutelada, donde el gobierno tendría la facultad de controlar los medios de comunicación, limitar la capacidad de la oposición o los asuntos sobre los que está permitido debatir, aunque para todo ello se hubiera votado. Según sus partidarios, el liberalismo pretende protegernos contra la debilitación de las naciones, que precisan de un Estado que las preserve, pues la neutralidad democrática permite regular contra los valores, tradiciones e historia de las mismas, poniendo en riesgo su continuidad histórica. Este punto de vista parece más realista, en el sentido del realismo político, pues comprende de la naturaleza polemológica de la política. El enemigo siempre está ahí, incluso puede utilizar los argumentos pacifistas de la democracia naíf como arma en una lucha, abierta o taimada, pero siempre posible, donde la neutralidad solo genera indefensión. En este sentido, sí se reconoce el liberalismo e iliberalismo del pensamiento de Negro Pavón. Así, con algo de atrevimiento por nuestra parte, entendemos que este libro bien podría haberse llamado *Del liberalismo al iliberalismo, en búsqueda de lo político puro*.

La naturaleza humana, al menos desde que pudo ser estudiada, no ha cambiado tanto como para impedir delinear continuidades. Con innovaciones de adaptación a cada circunstancia histórica, pero con trazas reconocibles para el observador entrenado y concienzudo. Por supuesto, que haya realidades constatables no evita un uso erróneo o fraudulento de las mismas. No en vano, la historia ha seguido dando hombres que de tanto en tanto, por utopismo, ideologización o haciendo un uso interesado de cierta tendencia humana al optimismo, proclaman el inicio de una nueva era política. Irónicamente, este comportamiento no deja de ser otro patrón, el del adanismo. Actitud especialmente prolija en los últimos dos siglos, donde las revoluciones y revueltas sociales se han hecho costumbre bajo el lema del alumbriamiento de una sociedad y hombre nuevos, más justos, más perfectos,

Como señalaron Ortega o Conde³, está en la naturaleza de las cosas que el hombre se enfrente a la realidad como un problema a resolver o, al menos, como una situación de partida mejorable. Por tanto, susceptibles de ser solucionadas de forma solo temporal. Los conflictos inherentes a la vida política o económica no son una patología, sino su normalidad. Por ello, quien vaya a la fuente dalmaciana buscando recetas, adhesiones o instrucciones claras para el futuro, se equivoca. Su magisterio está dedicado a la tarea intelectual auténtica, de la que emanan al menos tantas incógnitas como certezas. El largo secuestro de esta tarea por parte de los pseudointelectuales profesionales ha generado una confusión académica y política formidable. No importa cuántas veces se haya demostrado que su objetivo no es la búsqueda de la verdad o lo más cercano que tenemos a disposición, es decir, el intento de descripción ajustada y razonada de la realidad. Como cualquier profesional, su objetivo prioritario es crematístico. Para lo cual, resulta más eficaz enardecer los espíritus. Llamar a la movilización en nombre de la supuesta verdad, confundiendo el fin de lo científico con cualquier ideología, que siempre exige adhesión en lugar de argumentos.

Como Aron⁴, sin ilusión, pero sin pesimismo⁵ frente al destino de la autoridad, el vacío intelectual que impone hoy su pseudoarte, pseudoliteratura y pseudociencia, consumidos como moda, y la ruina del sentido común que han dejado las ideologías a su paso, la razón dalmaciana no se inhibe ante la verdad (pp. 84-85). La razón de ser, la sana obsesión es encontrar conti-nuidades, principios explicativos de la realidad histórico política. Establecer certezas allí dónde la única verdad instaurada es la sospecha ideológica. Con todas las prevenciones que el maestro siempre ha hecho: en política, las verdades son pocas y no son le-cipios explicativos para la comprensión de la realidad.

El liberalismo de Dalmacio no deja de ser otra etapa más de

[3] J. Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, Espasa-Calpe, Madrid, 1971. F. J. Conde, *El hombre, animal político*, Encuentro, Madrid, 2012.

[4] R. Aron, *L'opium des intellectuels*, Calmann-Lévy, Paris, 1955.

[5] J. Molina Cano, *Raymond Aron, realista político: del maquinavelismo a la crítica de las religiones seculares*, Sequitur, Madrid, 2013.

la búsqueda. Ciertamente, el liberalismo es una ideología y, desde ese punto de vista, el afecto por él es un riesgo para el rigor intelectual; pero ello no implica que sus principios, incluso los declarados como apodícticos por la Escuela austriaca, carezcan de realidad. Este es el error de juicio que muchos, como Gustav Schmoller, adelantado de la política social, han cometido⁶. Toda ideología tiene algún sustrato de realidad, aunque haya terminado enterrado bajo capas de artificio. Los principios descritos por el liberalismo político y por el económico, cada cual en su campo, en tanto descriptores del comportamiento humano, pertenecen de la acumulación histórica de experiencias. Sus conclusiones parecen dar cabal explicación del actuar humano, aunque no sea de forma absoluta. En suma, reconocer el acierto de Matteucci, señalado por Negro, de comprender la libertad como una de las ideas reguladoras que se han dado a lo largo de la historia.

La posición de Negro es la del cultivador del realismo político. Actitud irritante para los bienpensantes con la suficiente arrogancia de dedicarse al deber ser, corrompiendo la realidad, frente a quienes rechazan apartarse de lo que las cosas son (p. 61), fieles al estudio y exposición de la realidad con todos sus elementos, por muy perturbadores que estos resulten. El libro que hemos citado analiza y explica a los lectores el paisaje de una época política y económica dominada por el Estado. En apogeo, en decadencia, por contraposición a otras formas, como novedad histórica, como artificio, periclitando, pero siempre el Estado. Artilugio humano formidable en su desarrollo, desempeño y alcance. No habían visto los siglos otra forma política que llegara a enseñorearse de la práctica totalidad del planeta y que despertara tanto apoyo sobre la bondad de su existencia. Sin embargo, se ha de entender que el Estado es el escenario histórico, material y espiritual, sobre el que se despliega el magisterio dalmaciano para trascenderlo. En sus artículos fue desgranando los elementos clave de comprensión de lo político para aquellos interesados en ir mucho más allá de la crónica diaria, con la finalidad de advertir al lector de sus técnicas, fortalezas, debilidades y fatalidades.

[6] Nos referimos a la discusión sobre el método de las ciencias sociales entablado con Carl Menger. J. Molina Cano, *Epítome de la Política Social* (1917-2007), Isabor, Murcia, 2007.

Quizá las dos características más sobresalientes del Estado sean su artificiosidad y su neutralidad. Como toda forma política, está ligada a una forma de entender el derecho, que produce una determinada estructura legislativa⁷. Pero, por un lado, en tanto creación, no es un destino prefijado ni último. Podría tener otras formas, haber desaparecido con sus primeros pasos o colapsar en el futuro próximo. Y, por otro, su mera existencia obliga a establecer la distinción entre él y otras entidades naturales como la sociedad, el gobierno o la nación. Hecho este históricamente revolucionario en sí mismo pues, de la mano del contractualismo, el modo estatal de pensar la política⁸ ha terminado por insular en nuestro *sistema operativo* la idea de que se puede abrir una nueva etapa de la historia política a voluntad y que esto ha de hacerse vía derecho positivo (p. 119).

De la artificiosidad técnico-jurídica se decanta la neutralidad del Estado. Originalmente, la política partía de la idea de *nomos* como objeto cognoscible para guiarse en el gobierno de la ciudad, entendiéndose que el derecho emana del pueblo. Es decir, que va de abajo arriba. Por eso, el soberano lo era para decidir sobre la aplicación de la justicia. Sin embargo, el Estado es el primer soberano que asume el papel de legislador. Ahora será ley lo que el Estado apruebe, de arriba abajo. A poco que seamos conscientes de la complejidad y dinamismo de la realidad sobre la que opera el derecho, se comprenderá que esto obliga a una regulación sin descanso y cada vez más detallista (pp. 119-120). Como escribiera Tocqueville, un Estado meticuloso y paternalista que doblega voluntades a base de regulaciones minuciosas y uniformes⁹. ¿No es el orden jurídico vigente, incluso desde sus normas generales, las constituciones formales, una malla que aspira a contener toda la realidad previsible?

El siglo xx ha sido el siglo del colectivismo. Socialista, estatista, socialdemócrata, oligopólico... Quizá un gran acierto de los movimientos de izquierda haya sido que aquella palabra, de in-

[7] F. J. Conde, *Teoría y sistema de las formas políticas*, Comares, Granada, 2006.

[8] D. Negro Pavón, «Modos del pensamiento político», en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n.º 73, 1996.

[9] A. Tocqueville, *La democracia en América*, Trotta, Madrid, 2010.

tuitivos tintes totalitarios, se asocie popularmente solo a las dictaduras. En cualquier caso, en los últimos 150 años la política ha girado en torno a distintos grados de colectivización como solución a los naturales conflictos sociales, no partiendo de la descripción de la realidad, sino de lo que debiera hacerse para completar un sistema de funcionamiento óptimo, pero que supone la sumisión a los designios del planificador o del técnico. No se trata tanto de aceptar las inclinaciones naturales del hombre como de someterlas. Con todo, sus impulsores también son realistas, pues toman en cuenta certezas del comportamiento humano como el gregarismo, la docilidad o la autoconservación. Cualidades más lúgubres, pero igualmente reales, que avalan la expansión de la *potestas* —frente a la *autoritas*— a través de la ley positiva, elevada así a mediadora de todas las relaciones, incluso las más privadas (pp. 130-131). Sean síntoma de decadencia o de un sano conservadurismo, la realidad demostrada por el colectivismo es que el hombre valora más su seguridad y bienestar material que su libertad, sacrificando esta en favor de aquella¹⁰.

La otra novedad de la forma política Estado tiene que ver con su carácter racionotécnico. El Estado es neutral, pero no quien se encuentra a los mandos de semejante aparato. Los ocupantes temporales de su sala de máquinas imprimen su carácter y valores al Estado. Por eso, aunque inicialmente estuviera al servicio de la monarquía, se independizó de esta y sirvió de armadura para defender la república, el conservadurismo, el progresismo, el liberalismo, el comunismo o el nacionalsocialismo. El Estado no tiene voluntad propia; pero sí una deriva constante: la tendencia a solidificar su poder. Por eso solo pierde su neutralidad contra quienes interprete como opositores. Paradójicamente, las luchas por conquistar el Estado no lo debilitan. Bien al contrario, quien lo ocupe hará lo posible por reforzar su posición, a base de arrojar nuevas potestades y herramientas o debilitando a sus opositores. Y los aspirantes, independientemente de los argumentos que utilicen en la lucha política, ambicionan disponer de los mismos medios, no deshacerse de ellos.

[10] Esta dialéctica libertad-seguridad es también una de las conclusiones de la reciente trilogía dedicada al estudio de los enemigos de la propiedad. A. Escototado, *Los enemigos del comercio. Una historia moral de la propiedad*, 3 vol., Espasa-Calpe, Madrid, 2008-2017.

En tanto ente neutral y técnico, el Estado apunta a la posibilidad de establecer una armonía total en la sociedad, dando cauce pacífico a la administración de todos los conflictos sociales. De alguna forma, en toda lógica con sus motivos fundacionales, cree posible desterrar la política de la realidad humana para sustituirla por una administración perpetua. La actual era de optimización e inteligencia artificial, especialmente en su aplicación a la administración pública, parece ser la culminación lógica de este anhelo. Sacar la política de la realidad material, creando la ficción de haberla extirpado de la naturaleza humana, para ponerla en la realidad virtual. Un nuevo intento fallido de sentarse a lomos de la historia para manejarla.

Las revoluciones favorecen siempre al poder, aumentándolo. No fue diferente en el caso del 68, que fortaleció el estatismo (p. 107), y no será diferente con la actual revolución tecnológica, una vez que se sepa poner sus frutos al servicio propio. Por eso, es difícil pronosticar la definitiva descomposición del Estado (p. 81). Mantendrá más o menos vitalidad, tanto tiempo como los adversarios sigan considerando útil tal ingenio. La oportunidad de la pregunta sobre si el hombre puede dominar la técnica o no es del todo acertada, aunque sin respuesta definitiva, pues, en absoluto, podemos confiar en que el hombre será capaz de controlar sus propias creaciones, pero la realidad histórica en el largo plazo no ha dejado de apuntar hacia la totalización de lo político desde el Estado. Pues toda máquina es refractaria a normas ajenas y quien quiera usarlas productivamente ha de someterse a su lógica de funcionamiento, que no es otra que la de su desarrollo pleno.

El Estado monopoliza lo político. Ha llegado a parecernos que no puede existir política fuera de él, pero, siendo este el orden primado por tener como misión regular a los demás —Aron y Freund *dixit*—¹¹, salta con facilidad fuera de su campo, tendiendo todos los estados hacia el totalitarismo, pues, si bien existe pluralidad de partidos, es tal el consenso entre ellos, que puede ponerse en duda la existencia de pluralidad política (p. 108). Aunque sus maneras sean democráticas, su voluntad es expansiva, incluso

[11] R. Aron, *Démocratie et totalitarisme*, Gallimard, Paris, 1965. J. Freund, *L'essence du politique*, Sirey, Paris, 1965.

puede llegar a ser tiránica por su arbitrariedad¹². En tanto todo lo reviste de legalidad, es un poder sujeto a derecho; pero este ha perdido su autoridad al ser convertido en mera herramienta de formalización y legitimación de cualquier voluntad política (p. 72). Buena prueba de ello es la colonización de lo económico asumida como dogma de fe socialdemócrata en toda Europa (pp. 121-122). De ahí la confusión entre Estado fiscal, de partidos y de bienestar. Es revelador un estudio realizado para intentar cuantificar el sobrecooste que supone la desaparición de los límites entre poder político y económico, que ha generado un sector económico dedicado a la «captación de rentas» provenientes del poder público y no a la creación de valor¹³. Como se explica ahí, el problema no es la corrupción de las «comisiones», sino haber establecido un sistema que asigna ineficientemente recursos e inversiones con tanta consciencia como impunidad, haciendo del Estado un centro de negocios (p. 122). Despropósito fiscal y presupuestario sostenido en el manejo de la moneda y la confusión del conjunto bajo la legitimación del Estado de bienestar.

Toda ideología, incluida la estatista, de algún modo legítima y niega la necesidad del propio Estado simultáneamente, pues promueve la instauración de un orden social de tanta elevación moral que haría innecesaria la política; pero, no habiendo llegado todavía a tal cumbre, reclama todo el poder para el Estado, a fin de convertir la tierra en un paraíso. Autoridad espiritual y poder temporal, elementos rectores de la tradición política europea, utilizados de forma engañosa. El éxito histórico y la tendencia expansiva del Estado pueden ser síntoma de su agotamiento (p. 81). Los grandes conflictos políticos de nuestros días ya no están ligados a la ideología o a los Estados. Afectan a los grandes espacios y se producen bajo la premisa de aceptación general del capitalismo de libre mercado. Lo que ha dado un carácter homolizable a los distintos actores del juego mundial, siendo el consenso ideológico mucho más fuerte dentro de cada uno de los espacios. La libertad política se ve así amenazada por el consenso ideológico interno y por el consenso económico externo. En consecuen-

[12] J. J. Linz, *Obras escogidas. Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios*, CEPIC, Madrid, 2009, vol. 3.

[13] L. Garicano, *El dilema de España*, Península, Barcelona, 2014, pp. 90-93.

cia, la política ha empezado a trasladarse a los márgenes del Estado para combatir su deriva totalitaria y porque los protagonistas de los nuevos conflictos de poder ya no siempre son estatales. En este clima, es previsible un recrudescimiento del autoritarismo de los Estados en la limitación de las libertades de los ciudadanos, bajo el argumento de la seguridad, y la redefinición de las amistades y enemistades políticas (p. 97).

El magisterio de Dalmacio Negro trasciende el estudio del Estado, pues define con toda claridad cómo la rutina de vivir dentro de este ha dejado una forma estatal de pensar la política que incluso sobrevivirá a la forma política que le dio origen, al menos mientras no haya otro impulso espiritual del que nazcan nuevas formas políticas, económicas, artísticas, etc. Para ello, ha de seguir cultivándose el hábito de pensar políticamente la realidad, más allá de su forma temporal actual.

El tiempo que ahora parece languidecer ha sido dominado por Europa. Tanto que a veces parece confundirse su historia con la historia universal, pues ha sido sin duda la más dinámica de las civilizaciones (p. 95). Para saber si es el turno de otra civilización, como la eslava, habrá que esperar nuevas pruebas (p. 113). Ciertamente que tiene raíces espirituales sólidas, pero su población quizá no sea tan distinguible de la europea en sus modos de pensar y estilo de vida, ya decadentes. En cualquier caso, todo indica que estamos ante una nueva época, en la que Europa ya no es hegemónica. Es cierto que su modelo económico-político se ha reproducido por todo el planeta, pero eso no significa que hayan desaparecido las diferencias culturales en el mundo. Es un tiempo en ebullición, donde el caos es lo natural. Se acelera el movimiento sin un sentido claro, provocando tanta inquietud como expectación.

Una sociedad sin conflicto es una sociedad muerta y su forma política actual, el Estado agonal, tiene su razón de ser en la integración de los adversarios dentro de sí, siempre que se le reconozca como árbitro único. Cuando estos no se dan naturalmente en suficiente intensidad, la sociedad socialdemócrata, que se confunde con el Estado, los genera artificialmente y los eleva a la categoría de reivindicación a la que dará respuesta el propio Estado para convertirlos en avances sociales. Si bien son en realidad privilegios efímeros alentados, concedidos y resueltos por el propio Estado (p. 123). Con una novedad. Su contenido no es neutro. Ejercen

un control moral de la población, ahora por medios menos terríficos que la violencia física, al introducir de forma igualmente eficaz el colectivismo socialista, primero en el ordenamiento jurídico y, por sedimentación, en las costumbres (p. 73).

Las revueltas de 1968 abandonaron la posibilidad de ordenar la realidad en base a valores racionales y se entregaron al desarrollo de los instintos, los deseos y los sentimientos. Un utopismo sin finalidad —«¡Pide lo imposible!»—, de aire anarquizante, que resultó ser un movimiento autoritario al solicitar la acción del Estado para la implantación de sus ideas, en lugar de haber primado la libertad o la autonomía. Con toda la potencia del Estado, hicieron tabla rasa de tradiciones, instituciones y costumbres, sustituyendo las ideas-creencia que cimentan las sociedades por el vacío (pp. 103-104) y el socialismo duro por el suave (p. 75).

Es en este punto donde sorprende la escasez de intelectuales como Dalmacio Negro o su poco predicamento. ¿Por qué ha sido tan débil la inteligencia y tan receptivo el *Zetigeist* a esta deformación de la realidad? No olvidemos diferenciar entre tarea intelectual e intelectuales profesionales. Estos se han arrogado el poder espiritual por el prestigio de la crítica a la realidad circundante desde los ideales de la justicia social. Postularse como redentores de la sociedad exige compromiso con el poder establecido para su conquista, no con el discernimiento de la verdad (p. 100). Un trabajo mucho más arduo y oculto. Cualquiera que tenga acceso a los medios de comunicación, influencia y poder, se puede convertir en intelectual. Es la muerte del ignorante, pues todo el mundo es igual de sabio, pero también de la autoridad, suplantada por el poder, que da o quita la razón.

Resistente a los dictados del clima general, el profesor complotense es uno de los intelectuales que, en este caso a través de sus artículos, se ha dedicado a la descripción y enseñanza de las certezas políticas que ha podido constatar. La novedad continua del acontecer humano solo permite a los sabios de mirada amplia acotar los ciclos, señalar las regularidades y exponer los trampantojos de la historia. Como dijimos más arriba, sin ilusión ni pesimismo, incluso imaginando el desastre, pero siempre consciente de la responsabilidad de empujar el conocimiento de la realidad un poco más allá.